

acrisolaba la intencion y zelo que dirigian todas sus acciones y pasos á la mayor honra y gloria de Dios, y exáltacion de la Fe Católica; y esto hacia que, como en lo exterior se acomodaba á la pobreza, frugalidad y abatimiento de los Indios, en su interior fuera la gracia labrando una imagen verdadera del desengaño, para infundir en aquellos toscos entendimientos la perfecta idea del Cristianismo.

Para reducir á él á tan dilatado número de Paganos, no solo sacrificó su vida en tan prolongados viajes, edificando con la pureza de sus acciones, y la verdad de sus palabras, á aquellos incultos bárbaros, haciéndoles ver la santidad de la ley, y entender la de sus dogmas; sino que transcendia su zelo hasta el Solio de la Magestad Católica, dictándole muchos y difusos informes, fundados en la experiencia y expresion de los Diarios que le mandaron hacer los Superiores, individuando en ellos las providencias mas cuerdas con que se pudieran conseguir ambas conquistas, la de sus almas en el gremio de la Iglesia, y la de sus dilatadas Provincias en el vasallage de la Corona. Estos relevantes objetos que con admirable discernimiento promovia en todos sus escritos, hacian admirar el que no habiéndose versado en esta especie de negocios, y siendo en qualquiera otros muy taciturno, en tocándose la materia de la conversion de aquellas Naciones, se olvidaba de sí mismo, y rompía su natural encogimiento y silencio, hablando con tanta penetracion de ella, y con tan sólidas razones, que se arrastraba las atenciones de todos, sin poder replicar á sus dictámenes. Muy contrario al del Padre era el del Capitan Ansa, sobre

los viages primeros que hizo á los Gentiles, solo, y sin escolta ni provisiones; pero hablando con él sobre la posibilidad de poder abrir comunicacion desde la Sonora á los nuevos establecimientos de Monterey, le hizo ver con la experiencia de haber pasado el rio Colorado, que por él podian establecerse los caminos que se quisieran, no habiendo la imposibilidad que vulgarmente estaba crecida; y quedó el Capitan satisfecho; y sin otro fundamento propuso al Señor Virrey practicar la dicha comunicacion por sí mismo, como efectivamente la verificó, logrando la gloria de su descubrimiento, y la honra de sus militares ascensos.

No fue ménos evidente prueba, aunque muy infausta y dolorosa, el que por haber desechado los informes y providencias que el Padre con claras razones y repetidas veces expuso para la reduccion de las Naciones que habia docilitado en el rio Colorado, se frustrara en el modo que ya queda referido. Pero si la estatura de las virtudes no se mide bien sino por la de las ocasiones en que se versan, porque siendo estas grandes, son tambien las reglas que demuestran el tamaño de las otras, siendo grandes las ocasiones que los Diarios del Padre Garzés recomiendan, para el concepto de magnitud que le daban á su zelo y fervorosas empresas, es la mayor de todas, como corona de sus apostólicas tareas, la del día diez y siete de Julio del año de ochenta y uno, pues fue la ocasion mas crítica, en que viendo declarada la guerra con las avenidas furiosas que la ira, sevicia y ambicion de los bárbaros rompía por todo, causando sangrientos despojos, é inhumanos estragos, no pensó siquiera en desamparar el

puesto, ni en libertar su vida, y aun habiendo los Indios suspendido en aquel día sus hostilidades, con lo que pudiera lograr algun arbitrio para su seguridad, pues no le faltara aun entre ellos mismos. Pero consideró que sería esto propio de un Mercenario, y muy ageno del Pastor, que no debia desamparar en el mayor peligro á las ovejas que habian quedado vi-

vas en el primer asalto de los carnívoros lobos, y así solo se ocupó en exhortar á aquellas afligidas almas á disponerse para una buena muerte, y en merecer que la suya fuera en los ojos del Señor preciosa; pues como ya se dixo, se dignó su Magestad de condecorarla con extraordinarias maravillas.

CAPÍTULO XVII.

Virtudes y feliz muerte del P. Fr. Juan Antonio Barreneche.

MARAVILLOSA es la eficacia de la divina gracia en el corazon del hombre, quando éste le abre sus puertas á la vocacion de Dios, venciendo á la naturaleza desordenada, por corresponder á ella. Así se vió en la juvenil y breve vida del P. Fr. Juan Antonio Barreneche, alcanzando en una carrera una inmarcesible corona. Nació en el Pueblo de Lacazor, Obispado de Pamplona, y Reyno de Navarra, y en las buenas inclinaciones del hijo, se vieron la piedad y christiana educacion de sus Padres. Desde muy tierna edad lo encomendaron á un noble Caballero que le conduxo á la Ciudad de la Havana, y agregó á los Caxeros de la casa de la Real Compañia, y éstos compadecidos de su ternura le protegian con afecto, y le instruian para la carrera del Comercio. Era éste para un inocente niño ocupacion peligrosa, pues ignorando los fraudes del mundo, habia de abrir los ojos mirando la corrupcion de costumbres que en los Puertos de mar exhalan los libertinos, como esclavos de todos los vicios, y que aun quando no pervierten en la Fe Santa á los Católicos,

les hacen sus sectarios en sus depravadas costumbres, usos y modas. De suerte, que arrastrados de su luxo y libertad licenciosa, se complacen en imitarles; pensando que el parecer Extrangeros les hace mas grandes, ilustrados y críticos, ostentando su marcialidad y relaxacion con desprecio de todos, é imaginándose muy elevados de prendas y de ingenio, por el que hacen de las leyes: pues al pudor y modestia christina, la reputan por nimiedad y flaqueza, indignas de su discernimiento, y á la moderacion la desprecian como temor y vano escrúpulo; y de este modo motejan todas las virtudes, y hacen ultrage de todos los buenos, insultando públicamente á la Iglesia, al Evangelio y máximas del Christianismo. De toda esta contagiosa peste preservó la gracia á aquella inocente alma, arrastrada de las buenas inclinaciones en que la habian educado sus Padres. Estas le hacian baxar muchas noches al zaguan de la casa, donde se abrigaba un pobre ciego, para llevarle algo de limosna, la que el buen hombre le pagaba con santos desengaños, advirtiéndole las falacias

del Demonio, y engaños del mundo; y como Juan Antonio le atendia con gusto, entraban en su corazon sus palabras como eficaces auxilios, para que correspondiera á la vocacion á que Dios le llamaba; pues diciéndole el ciego, que ¿por qué no dexaba el siglo y tomaba el hábito en la Religion de San Francisco, para mejor servir á Dios, y huir de los engaños del mundo? hicieron en él tanta impresion, que desde entónces comenzó á pensar seriamente en corresponder á tan santo llamamiento. No se determinó desde luego y con ligereza de niño, sino que desconfiado de su amor propio, consultó sus inspiraciones con un Confesor docto. Veía éste la madurez de su juicio, y la moderacion de su vida; pero atendiendo á que tenia diez y siete años, le pareció probar mejor su vocacion, diciéndole que para ser Religioso era preciso que primero estudiara la Gramática.

Con esta resolucion buscó luego un Maestro, y tuvo la felicidad de hallarle tan conforme á sus santos deseos, que promovía la aplicacion del Discípulo con sus claras y continuas lecciones, sacando en ménos de dos años un Gramático expedito y en aptitud para ser examinado. Su trabajo, su constancia y su vida devota, fueron mérito para que fuera admitido á la Religion, y á los diez y nueve años de su edad, y el de sesenta y ocho, tomó el hábito en el Convento de la Ciudad de la Havana, no solo con aceptacion de los Religiosos, sino con edificacion de los Seculares, mayormente de los Compañeros. No fue menor la felicidad de haber tenido por Maestro en su Noviciado á un Religioso igualmente docto, práctico y discreto para la direccion espiritual

de sus Novicios. Desde luego conoció á fondo el espíritu de su nuevo Discípulo, observando con prudencia que iba dirigido de un perfecto desengaño, y que correspondia á la vocacion fervoroso, dado á la oracion y al ejercicio de las virtudes, aspirando á una muy estrecha y penitente vida: que se privaba del comun desayuno del chocolate, aunque se lo ofrecieran, y exercitaba otras mortificaciones y abstinencias. Le veía aplicarse con esmero al estudio de las reglas del Oficio divino y ceremonias eclesiásticas, á la inteligencia literal de la Regla Seráfica, y de las costumbres religiosas; y que el efecto de esa aplicacion era no perder el tiempo, y dedicarse á la práctica esmerulosa de todo lo que se le enseñaba.

En estas útiles ocupaciones cumplió Fr. Juan Antonio el año de noviciado, y con aprobacion y complacencia de todos los Religiosos, hizo su profesion con mucho consuelo de su espíritu, y santos propósitos de observar la Regla á la letra y sin glosa; por lo que se dió con nuevos fervores á la oracion, práctica de las virtudes, y especialmente á la mas estrecha pobreza y rígida mortificacion de su carne: con tales propósitos era tan pobre, que no admitia cosa alguna que no fuera necesaria, y ni aun las que son comunes al uso de los Religiosos, ni daba á lavar su túnica, sino que él mismo lo hacia. Era su continua ocupacion despues de la del Oficio divino, á la que era indefectible, en el Coro, el repetir visitas al Santísimo Sacramento, y cuidar de dia y de noche de que las lámparas estuvieran encendidas, solicitando lo que les faltaba, y que no se apagara la de su corazon, atizándola gran parte de la noche con oracion ferviente.

Luego que profesó le destinaron al estudio de la Filosofia, y sin faltar á la clase, lecciones y aplicacion del estudio, que miraba como actos de obediencia, se retiraba al Coro llevando los cartapacios en la mano, y asistia á todas las Misas, pasando su leccion en algunos intervalos, con lo que aprovechaba mas en aquella sagrada escuela, que con lo que se le enseñaba en la aula. Este interés y dulce atractivo le tenia como encantado, sin saber apartarse de la presencia de Jesuchristo Sacramentado, particularmente quando estaba públicamente expuesto, pues no se apartaba de las Tribunas. De esta inflamada comunicacion con el Señor, le resultaba un molesto fastidio de la de las criaturas, y de las conversaciones ociosas, por lo que solo gustaba de la de las personas virtuosas, y que hablaban de Dios y de sus divinas perfecciones; y así no tenia mas amigos que los que eran buenos, y le alentaban al ejercicio de las virtudes con su doctrina y exemplo: y como en ese fuego del divino amor era consiguiente que ardiera el del próximo, agitaba su corazon el zelo de la casa de Dios; y no pudiendo entónces exercitarlo de otro modo que en enseñar la Doctrina Christiana á los ignorantes y muchachos, gastaba en esto todo el tiempo que podia hurtar al estudio y asistencias del Coro.

Aunque ya era profeso, no por eso faltaba Fr. Juan Antonio á todos los ejercicios que practican los Novicios; y viéndole su Maestro tan gustoso y propenso á ellos, le hizo su pedadogo para que les instruyera en el rezo del Oficio divino, ceremonias de la Religion, é inteligencia de los preceptos de la Regla Seráfica. Desseaba él con vivo zelo el que esta se

guardara á la letra, y por eso se empeñaba en hacersela entender á los que la habian de profesar literal y genuinamente, para que la ignorancia de sus preceptos no fuera causa de sus transgresiones. En todo lo demas del Noviciado desempeñaba las confianzas de su Maestro, enseñando mas que con palabras con exemplo, como habian de portarse los Novicios: esto, que no era poca confusion para algunos Profesores, hizo ver que es preciso que todos los que quieren vivir piadosamente con Christo, padezcan persecuciones, pues no le faltaron muchas en que tuvo que sufrir falsos testimonios de que le acusaron con los Prelados, aunque su Maestro, que tenia conocimiento de su interior espíritu y de su porte religioso, satisfacia á los Superiores con la sana intencion y zelo santo de su Pedadogo; y como la verdad es madre de la Justicia, de ella misma resultaban las calumnias convertidas en alabanzas, que le mortificaban mas que si fueran sus penitencias. Las que él practicaba en sí mismo, eran admiracion de sus Compañeros, que en todo ponian cuidado, quando él ignoraba su curiosidad; y preguntándole los Coristas: ¿porqué atormentaba su cuerpo con azotes y tan malos tratos? Les respondia: porque él es mi mayor enemigo.

Ya la edad y suficiencia le habian promovido á los sagrados órdenes hasta el de Diácono, y no teniendo ociosa la gracia de su vocacion, ésta le excitaba á mas estrecha y penitente vida, para aspirar á la perfeccion religiosa; y aunque sentia en sí estos afectos, no sabia el medio para conseguirlos. Proponia en la oracion practicar los impulsos que sentia, y avivando la Fe en la divina piedad,

le pedia humilde al Señor que le declarase su voluntad, y perfeccionase sus deseos con el cumplimiento de ellos. La misma soberana Providencia parece que le dictaba sus peticiones, para dirigir sus pasos al glorioso fin á que le tenia destinado, y así le abrió camino para ellos con tan suave y eficaz modo, como fue el de que el P. Fr. Henrique Echasco, que se volvía á su santa Provincia, después de haber cumplido diez años en el ministerio apostólico, tanto en el Colegio como en sus Misiones de Infieles, llegara á la Havana; y estrechándose con él Fr. Juan Antonio, se fue informando muy por menor de todas las calidades del Colegio, su regularidad y ministerios, y la observancia literal de la Regla, y hallando en el informe lleno el cumplimiento de sus deseos, luego se determinó á escribir al R. Padre Guardian y V. Discretorio, suplicando con humildes instancias, se dignara de admitirle á la incorporacion del Colegio.

Acompañaba á esta peticion el informe de las buenas prendas del Pretendiente, que dió el Padre Echasco, y por él fue recibido por decreto de catorce de Junio del año de setenta y tres; y remitiéndole la Patente, se embarcó el día doce de Agosto del mismo año. Fue trabajoso el viage, padeciendo muchas borrascas, y en una de ellas arribó el barco al rio de Pánuco, y se desembarcó Fr. Juan Antonio en el Puerto de Tampico. Dista éste de la Ciudad de Querétaro casi doscientas leguas, y sin mas equipage que el Breviario, emprendió su caminata solo, á pie y atendido á la Providencia divina para su preciso sustento: hacia en aquellas soledades las jornadas hasta de diez leguas, con el contratiempo de con-

tinuas lluvias y caminos muy frágiles; pero todo se lo hacia tolerable el anhelo de llegar al Colegio, y fue el día trece de Septiembre del dicho año. Muy luego se hizo reparar la fortaleza de su espíritu; pues habiendo llegado sumamente fatigado y muy hinchadas las piernas, se le hicieron repetidas instancias para que se recogiera á descansar y curar á la enfermería; pero diciendo, que él se curaría aquella noche, al siguiente día le vieron ya bueno, y asistió á la funcion de la Exáltacion de la Santa Cruz, titular del Colegio, y prosiguió siguiendo todos los años de Comunidad.

Suplicó tambien al Padre Guardian que le permitiese vivir dentro del Noviciado, y hacer todos los oficios de los Novicios, estando en todo sujeto á la disciplina del Padre Maestro: todo se le concedió, y así se mantuvo muy gustoso hasta que el Prelado le mandó que viviera en Celda separada, para que con mas oportunidad asistiera á las lecciones de la sagrada Teología. No por eso dexaba de servir en los oficios humildes, en las campanas y en todas las horas del Coro de día y de noche, aplicándose voluntariamente á tocar á Maytines. Luego que llegó al Colegio le pidió al Prelado un Padre espiritual que dirigiese su espíritu, y á éste se sujetó con una ciega obediencia en todo lo que le ordenaba para el régimen de su vida. La pobreza evangélica era el objeto mas estimado de su alma, y por su amor no quisiera vestir sino el hábito mas remendado, ni tenia alhaja alguna particular de su uso, ni en la cama mas que las desnudas tablas.

Siempre vivió abstraído y totalmente retirado de Seculares y Pai-

sanos, y solo les comunicó en el Confesionario quando llegó á exercitar este santo ministerio. Para la guarda de la pureza se entregó, con dependencia de la direccion de su Confesor, á una vida muy austera; porque á mas de seguir con estrecha puntualidad los exercicios y actos comunes del Colegio, hacia disciplina todos los dias, dormia sobre las desnudas tablas, con tal incomodidad, que ni se afloxaba el hábito, y con tanta escasez, que quando se tocaba á Maytines ya estaba levantado: despues de éstos y de la oracion mental de Comunidad, se ocupaba en exercicios devotos de las Estaciones y otros, hasta la hora de las Misas, á las que asistia sirviendo de Acólito, en cuyo santo empleo fue permanente aun despues de que se ordenó de Presbítero. Ayunaba las nueve quaresmas que N. S. P. S. Francisco, y muchos dias del año á pan y agua: de noche no tomaba mas que las yerbas, y quando la Comunidad comia de carne, para guardar la observancia de sus ayunos, no tomaba mas que el caldo y los garvanzos, solo que alguna vez por orden de su Confesor, comiera algo de la carne; y para que esto no careciera de mortificacion, iba á la tarde á la enfermería, y de las sobras de los enfermos tomaba fria una corta pitanza.

Eran muy pocos los dias del año en que dexaba de ayunar, y en ellos se privaba del chocolate, lo que regularmente hacia siempre, contentándose quando no ayunaba, con desayunarse con un pedacito de pan, diciendo que para él era superfluo el chocolate, pues conocia que no le hacia falta alguna. Tuvo deseos de ayunar siempre á pan y agua; y habiéndole pedido licencia al Confesor con instancia para hacerlo cinco dias se-

guidos, éste consultó al Prelado, temiendo errar en concederle mas de lo que debiera segun su robustez y espíritu, con que parecia hallarse movido, y por otra parte no impedir y apagar el espíritu, ó faltar á la correspondencia de la inspiracion divina: el Prelado dió orden de que le mandase, que por la mañana tomase un poco de chocolate, y no le permitiese ayunos de pan y agua seguidos, sino algunos entre año por alguna particular devocion: con la misma moderacion se le permitió que usara de cilicios en los brazos y cintura todos los dias, pero que se los quitara al tiempo en que habia de dormir.

Nunca dió entrada en su corazón á la pasión nacional, ni á título de paisano, ó por otro qualquier respeto se le advirtió amistad particular con ningun Religioso, sino que con todos era igualmente afable, comedido y obsequioso: á todos quisiera servirles, y en los oficios que por turno hacen los Padres Sacerdotes, se les ofrecia, y aun rogaba para hacer él los que eran mas penosos, por lo que ordinariamente decia él la Misa última; y lo que es mas, que en los oficios correspondientes á los Hermanos del Noviciado, se anticipaba siempre que prevenia alguna falta para evitarla. Á los enfermos no solo les visitaba con frecuencia, sino que les ayudaba á rezar el Oficio divino, ofreciéndose gustoso á los que la enfermedad les hacia penoso el rezar sin Compañero.

Quando fue ya Sacerdote celebraba el santo Sacrificio de la Misa con singular devocion, y puntualmente arreglado á las Rubricas, de que hizo siempre particular estudio. Todo el tiempo que podia lo lograba en el estudio, y con especialísimo anhelo,

los dos cuerpos, tuvieron por prodigiosas las flores que los descubrieron; y no siendo otro el concepto de los que hallaron los otros dos cuerpos difuntos, sobre las canciones y demas cosas que en aquel sitio habian oído y visto los cautivos, se hace reparar el misterioso tiempo en que aparecieron las flores de los cantares: pues diciendo que fue el de la poda, usa de una enfática palabra, que igual-

CAPÍTULO XVIII.

De otros preciosos frutos del ministerio Apostólico.

ADMIRACION fue siempre de los Santos considerar á un Joven de veinte y cinco años como era Isac, quando rendido á la obediencia de su Padre, estaba atado y puesto de rodillas sobre el Altar, viendo levantada ya la mano de Abraham con la espada que habia de consumir el sacrificio de su vida; y aunque Dios suspendió el golpe, y Isac quedó vivo, no por eso dexan de elogiarle como á inocente Mártir, é inmaculada hostia de la Iglesia antigua: es cierto que no sufrió tormentos, no derramó su sangre, no perdió la vida; pero fue bastante para su martirio, el que se pusieran las causas, que naturalmente le dieran la muerte si por voluntad divina no se suspendiera el golpe. La razon de esto es de oro, porque es del Chrisóstomo, que dixo: «que al Mártir no lo hace solo la muerte, sino tambien el propósito de la voluntad, pues por ella se computa la corona del martyrio: así Dios lo declaró quando Abraham no ensangrentó el cuchillo, no regó de sangre el Altar, ni le quitó la vida á Isac, sino que

mente significa el de las canciones; y se podia discurrir que en las flores con que descubre á los unos, y en los cantos con que obsequia á los otros, denotaba la soberana Providencia los sazonados y dulces frutos que en las muertes de aquellos quatro Misioneros cogia el celestial Jardinero, producidos de su apostólico ministerio para honor y decoro de su glorioso Instituto.

«aceptó el sacrificio, diciéndose: no perdonaste á tu amado hijo por mí, y le volvió á su casa vivo é intacto; ¿pues cómo dice el Señor que no lo perdonó? Porque no por el suceso de las obras, sino por la intencion y voluntad de la alma, es por la que suele juzgar y aceptar los sacrificios; no la mano, sino la voluntad fue la que lo hizo, y aunque el cuchillo no le cortó el cuello á Isac, pero fue el de Abraham un verdadero aunque incruento sacrificio, que le decoró con el título de Mártir invicto.»

Esta benignísima dignacion con que la Bondad divina acepta los racionales voluntarios sacrificios, es la que anima y vivifica á los Misioneros, como á los niños de Babilonia en el fuego, y á Daniel entre los leones, para tolerar los efectos del furor de los bárbaros, y no intimidarse con sus incendios, ni temer la hambre, la sed, ni los palos, las flechas, lanzas y piedras, en que han visto á sus Hermanos rendir constantes las vidas, y que amenazan sobre sus cabezas. Ella es la que en medio de tan temibles

peligros alienta sus espíritus, para que no dexen el arado de la mano, ni de dar con doctrina y exemplo los mas illustres testimonios de la Fe de Jesuchristo, y de la santidad de su Evangelio. Ella es la que ha inflamado mas su zelo, viendo en repetidas ocasiones que solo su alta Providencia pudo preservar sus vidas de las crueles invasiones con que los Apaches y sus aliados han intentado quitárselas, y les ha infundido valor para no huir de los laboriosos afanes de su ministerio, por mantener las Misiones á vista de los enemigos, solo confiados en los auxilios del Cielo.

Justicia es considerar la cruel sevicia y obstinada guerra con que aquellos inhumanos verdugos habian estado invadiendo á sangre y fuego las Misiones, para conocer con ella la invicta paciencia de los Misioneros; pues á imitacion de su Cabeza Jesuchristo, habian tolerado injurias, sufrido irrisiones, y sin temor de ninguna especie de tormentos, quantos fueron sus trabajos, otros tantos han sido sus sacrificios, en que estando prontos á derramar la sangre y dar las vidas por Christo, han podido con verdad decirle al Señor: por tí hemos sido mortificados todos los dias, y estado reputados como ovejas destinadas al matadero. Pero elevando mas la consideracion, debe tambien hacerse de que la virtud de las buenas obras es la perseverancia, pues no se coronará de triunfos sino el que perseverare en los trabajos; y como en ella consiste tambien el logro y frutos del ministerio apostólico, que solo con la muerte se pueden llamar sazonados y preciosos, por eso son muy dignos de memoria los que los dieron á la Iglesia, perseverando en la Propagacion de la Fe, hasta el

fin de sus vidas, y la de sus virtudes, y laboriosas tareas, para la imitacion de los que como ellos deben sostener el peso de sus apostólicas empresas.

El primero que en la ara de la caridad sacrificó su vida por la conversion de aquellos Indios, fue el R. P. Fr. Mariano de Buena y Alcalde, natural de la Imperial Corte de México. Fue hijo legítimo de Don Antonio de Buena y Alcalde, y de Doña Nicolasa de Valero y Alfaro, ambos de la primera nobleza, y Don Antonio Capitan del Comercio, acaudalado y con distinguida decencia en su casa y familia, originado de Verlanga en Castilla la Vieja. Nació en el mes de Marzo de mil setecientos y diez y siete años, y en el Santo Bautismo le pusieron los nombres de Antonio Joseph. Desde su infancia se descubrieron las luces de la razon y bellas prendas con que le favoreció la naturaleza, y á las que correspondian las de la educacion y política de sus Padres; pues instruido en las primeras letras, ántes de los catorce años entró en el curso de Filosofía, en el que salió aprobado con aprobacion de su Maestro, y grado de Bachiller en la Universidad.

Ya era su Padre difunto; y aunque la christiana entereza de su Madre no le permitiria descaminarse de las sendas de la honra en que se habia criado, pero todavia en la misma linea de sus estudios podia aspirar á los ascensos y premios que hacen la felicidad y conveniencias de los que se conservan en los empleos literarios: podia tambien concebir sus comodidades en el estado Eclesiástico Secular, pues no le faltaran Capellanias, ni Beneficios: ó por fin pudiera seguir el Comercio en que su Padre estaba acreditado; pero con ad-

fácil el gobierno, para penetrar sin error los escollos de las muchas dificultades que cada día se suscitan en las Misiones, y que pueden causar lamentables pérdidas, si se dirigen con variedad de opiniones.

No miraba el Padre Presidente en el establecimiento del Gobierno, ni en su comodidad propia, pues escogió para sí la Mision última, mas pobre, y expuesta á la hostilidad de los enemigos, ni otra clandestina economía que pudiera tener resorte en algunos privados intereses, y por eso dió cuenta de todas sus mas menudas circunstancias á todos los Superiores; y habiendo entrado á la visita de aquellas Provincias el Illmó. Señor Don Joseph de Galvez, provocó su zelo con un dilatado informe, que lo excitaba á ver por sí mismo quanto en él le proponia, y concluyendo que para que aquellos Indios congregados en Pueblos, pudieran lograr grandes conveniencias, y sobre todo el logro de sus almas, é ir abriendo camino á la reducción de otras muchas Naciones, era inevitable el que se estableciera el gobierno en todo y por todo con que se habian fundado, y conservaban con tanto auge las Misiones de Cohaguila y Texas. Todo lo vió, examinó y aprobó, con ilustres testimonios que dió del acierto del gobierno espiritual de las Misiones, el Illmó. Señor Visitador General; y para el temporal mandó á los Comisarios Reales que les entregaran á los Padres todas las Temporalidades, y con esta providencia han perseverado, no obstante las muchas contradicciones que contra los gobiernos espirituales y temporales se han suscitado, aunque con infeliz suceso, como se verá á su tiempo.

Indecible serenidad es la que

goza el espíritu, quando nace de las obras virtuosas, dictadas de la intencion con que el ánimo no se busca en ellas á sí, sino á la suma Bondad; pues no solo satisface en ellas á su conciencia, y sana su propia honra y buena fama, sino que promueve con libertad el bien del próximo. Con este dictámen se trasladó el P. Fr. Mariano á la Mision de Ures, para recibir en ella al Señor Visitador, y hacerle patente quanto condujera á la mejor estabilidad de aquellos Indios, y á la reduccion de los Gentiles fronterizos. Traia el Visitador el designio de pasar al Pitic de los Seris, para probar si por medios suaves podia reducirlos, y ponerles Mision para su catequismo y doctrina; y diciéndole al Padre Presidente sus intenciones, al punto se le ofreció para ir en su compañía, y cooperar al logro de ellas, quedándose por su Ministro si se verificara el allanamiento de ellos; pero tenian en su compañía malísimos influxos de los apóstatas, mulatos y otros facinerosos, que les hicieron desconfiar de las buenas proposiciones que se les hacian, y temerosos del castigo no quisieron baxar de los cerros, por lo que sintiéndose ya agravado de crueles accidentes el Visitador, se volvió con el Padre á la Mision de Ures.

Es la nobleza una fuente que á largas distancias conserva su purpureo raudal la direccion que le dió el nativo manantial de donde se deriva; y aunque siempre se traslucia entre las cenizas del sayal, que cubria las venas por donde corría en el Padre Buena, pero en la ocasion de tener por huésped á aquel Illmó. enfermo, dió las pruebas mas relevantes de su noble sangre y christiana política. Siete meses se conservó en

su compañía el Señor Galvez, sin tener mas consuelo que su amable trato, ni mas desahogo en sus cuidados: con esta ocasion se familiarizó tanto, que pudo comprehender el porte, el zelo y los trabajos de los Misioneros: veía el Padre el gusto con que oía las noticias que le comunicaba el Padre Garzés sobre las buenas disposiciones en que habia visto á los Gentiles de los rios Colorado y Gila para reducirse á Misiones, y se las comunicaba con franqueza, porque movian su ánimo á desear el restablecimiento de su salud, para ir á ver por sí mismo aquellas numerosas Naciones, y dar las providencias que facilitarán el logro de tantas almas. Pero no tuvieron efecto tan santos deseos, porque mitigando el rigor de los accidentes que le affligian, pareció la mas prudente resolucion el que se retirara de aquellas tierras: salió con él el Padre por darle gusto, pero en Chiguagua hizo el Señor Visitador algunas reflexiones, por las que suplicó al Padre se restituyera á Sonora, con encargos de su confianza, y así lo hizo el Padre, tanto por su obsequio, como por el arbitrio que el Señor Virrey le dexaba para su regreso, en Carta que sobre el mismo viaje le habia escrito.

A poco de restituirse el Padre á Ures, le requirió el Gobernador que pusiese un Ministro á los Seris que habian baxado con los Tiburones á pedir Mision, y no obstante las fatigas de su viaje, se ofreció á ir por su Misionero; y pidiendo las providencias para la fundacion de una Mision nueva, se difirió, por decir el Gobernador que no tenia arbitrio para darlas. Habia ya el Padre Buena representado repetidas veces al R. y V. Discretorio, las fatigas y acciden-

tes que habia contraído de los largos y repetidos viages, y demas trabajos del ministerio, suplicándole nombrase otro Presidente; y en la consideracion de ellos, nombraron por Presidente al P. Fr. Juan Chrisóstomo Gil de Bernave, al que encargó el Padre Buena el importante negocio de ponerles Ministro á aquellos Indios, y se retiró á esperar la muerte, que sus enfermedades le anunciaban muy cercana. Así fue, pues purificado en el crisol de muchas dolencias, al siguiente año de setenta y dos, el día quince de Septiembre preparado con todos los Santos Sacramentos, y una resignacion christiana, murió en el Real de S. Antonio, á los cincuenta y cinco años de edad, y treinta y ocho de Religioso, y fue sepultado con universal sentimiento, no solo de sus Hermanos, sino de los Españoles é Indios, en la Mision de Ures.

No permite la piadosa memoria en silencio la piadosa memoria que vive en aquella Provincia de las virtudes, religiosidad, doctrina y zelo de este Misionero apostólico, pues consumido mas de los trabajos que de los años, afaná en establecer aquellas Misiones con provecho y alivio de sus Neófitos, y promovió con eficacia la conversion de los Gentiles, fomentando el zelo del Padre Garzés, para el logro de sus penosos viages: anheló por el socorro y consuelo de los Misioneros, haciéndoles tolerables sus enfermedades y tareas, con la suavidad de su gobierno y provision de sus necesidades: procuró siempre la paz y buena armonia con los Gefes, Soldados y Vecinos de la Provincia, sin que ninguno pudiera quejarse de ofensa que le hubiera hecho, ni resultara en vituperio del ministerio apostólico: relució siempre en la re-

pública de sus afectos la fina educación y noble origen con que se había criado, y así hacia virtud la política y buena crianza, despreciando la ansia de conseguir cargos, ni pretender puestos, conociendo ser la madre de las hipocresías, y autora de las emulaciones: por eso, lleno de verdaderos personales méritos, murió en la ara de la obediencia, sin atender á otro premio que el de servir desde sus primeros hasta sus últimos años en los empleos del ministerio apostólico, honor y buena fama de su Colegio.

El P. Fr. Manuel Carrasco fue hijo de la Santa Provincia de San Miguel en la Extremadura, y habiéndose incorporado en la Mision que vino el año de setenta, siendo de veinte y siete años, se conservó tres en el Colegio, y fue enviado á las Misiones de Sonora, en donde estuvo casi siempre enfermo y consumido de sus accidentes: murió con exemplar disposición y conformidad, preparando su alma con todos los Santos Sacramentos, en la Visita de Santa María Magdalena de la Pimeria alta, el día nueve de Mayo del año de setenta y seis.

El P. Fr. Félix Gamarra, de la Santa Provincia de Cantabria, siendo Diácono pidió con fervorosas súplicas venir en la Mision del año de setenta, y llegado al Colegio dió pruebas de su vocacion, sirviendo en los oficios humildes en que se exercitan los Coristas, y ordenado de Sacerdote fue enviado á las Misiones, y trabajó hasta el Mayo de setenta y nueve, que affigido de una maligna fiebre, causada de insolacion, murió con todos los Santos Sacramentos en la florida edad de treinta y dos años, en la Mision de Tobutama, con igual sentimiento de los Religiosos y de los Indios.

El P. Fr. Matias Gallo, de la

Santa Provincia de Cantabria, de edad de veinte y seis años, vino en la Mision del año de setenta, y con deseos de la conversion de Infieles, pidió licencia para ir á las Misiones, y aprobada su vocacion, fue enviado, y trabajó en ellas hasta Enero del año de ochenta y uno, que murió dispuesto con los Santos Sacramentos, asaltado de las fiebres fatales que asolan las Pimerias.

El P. Fr. Joaquin Velarde, de la Santa Provincia de Cantabria, pidió con humildes instancias venir en la Mision del año de setenta, estando ordenado de Diácono; pero siendo muy amado de sus Padres, temió le pudieran impedir los ardientes deseos de servir á Dios en el ministerio apostólico y viage de Indias, por lo que suplicó se le enviara la Patente con cautela: tuvo el Comisario la de informarse de sus prendas, y recomendadas de persona grave, se le remitió, y con ella pasó al Hospicio del Puerto de Santa María, en donde cumplió la edad para el Sacerdocio, por lo que el Comisario solicitó que le ordenara el Illmo. Señor Obispo de Cadiz: llegó al Colegio, y despues de haberse exercitado en los oficios y actos de Comunidad, se le dió el consuelo de ir á las Misiones, y trabajó en ellas hasta el Marzo de ochenta y uno, que murió de fiebre en la Pimeria alta, sintiendo todos su falta, pues era muy exácto en las tareas apostólicas.

El P. Fr. Pedro Font, vino en Mision á este Colegio de la Santa Provincia de Cataluña, y siendo Joven de bellísima voz y muy diestro en los cantos llano y figurado, sirvió mucho en el Coro, sin detrimento de las ocupaciones del ministerio: tenia habilidad para escribir con perfeccion libros de Coro, y así formó va-

rios grandes para el uso del facistol; pero siempre le urgía en el corazon el zelo del Instituto Apostólico, y por él pidió licencia al Prelado para ir á exercitarlo en las Conversiones vivas de la Sonora: no podía negársele este consuelo, siendo para ellas tan idoneo, y pasó el año de setenta y tres á la Sonora, y se destinó Ministro de la Mision de San Joseph de Pimas. Estaba ésta recién establecida, porque ántes era solo Visita, y así tuvo el nuevo Misionero mucho que padecer, por la falta que tenia de todo, y aun de los precisos alimentos.

Por Enero del año de setenta y cinco, le escribió el Señor Virrey al Padre Guardian, que habia dispuesto que el Capitan Ansa conduxese familias y Soldados para los nuevos establecimientos de Monterey y Puerto de San Francisco, y que le acompañase en todo el viage, con el fin de observar la altura del polo en todos aquellos países el P. Fr. Pedro Font, y en cumplimiento de este Superior mandato, el P. Guardian lo comunicó al Padre, y se efectuó, saliendo con la expedicion del Presido de Horcasitas, el día veinte y nueve de Septiembre del año de setenta y cinco; y habiendo durado hasta primero de Junio del de setenta y seis, no solo tuvo que sufrir las muchas incomodidades y peligros del camino, sino que le fue muy trabajoso por haberle faltado la salud, de modo que en los ocho meses de ida y vuelta, no pudo contar ocho días seguidos de alivio, y con todo se esforzó para desempeñar su encargo, formando un bien circunstanciado Diario, en el que dá calculadas las alturas conformes á unas Tablas de D. Jorge Juan, corrigiendo sus observaciones propias, con respecto á estar aquellas hechas para el meri-

diano de Cadiz: la misma diligencia puso en arreglar los rumbos, con el trabajo de no tener instrumento apto para determinarlos, ni arreglar las leguas, sino segun el paso de las marchas, cuya relacion queda ya en su lugar inserta.

Vuelto el Padre, ya la Mision estaba ocupada, como una de las que se renunciaron, y pasó á la Pimeria alta, y estando en la Visita de Santa María Magdalena, la cercaron quarenta enemigos que pusieron fuego á todo el Pueblo, y refugiado el Padre en la casa de la Mision con las mugeres, muchachos y quatro Indios, lo tuvieron mas de tres horas entre las llamas y las lanzas, esperando por instantes la muerte; pero era otra la ara en que el Señor quería recibir el sacrificio de su vida; porque socorrido de tan inminente peligro, le puso la obediencia en la Mision del Pitic, y en ella trabajó no solo en el catequismo y funciones del ministerio, sino tambien en la fábrica de la Iglesia y demas de una Mision nueva; y agravado devarios accidentes, conoció ser ya sus molestias, señales de su muerte, que admitió con religiosa conformidad, y dispuesto con los Santos Sacramentos, murió el día seis de Septiembre de mil setecientos ochenta y un años.

El P. Fr. Ambrosio Calzada, hijo de la Santa Provincia de Burgos, siendo todavía joven é instituido Predicador en ella, podía esperar los ascensos del Púlpito, para lo que tenía particular talento; pero llamado al Instituto Apostólico, se anumeró en la Mision del año de setenta, y pasó á las de Sonora, en las que trabajó zeloso; pero herido de accidentes paráliticos, se le baldaron los miembros, y estuvo padeciendo mucho tiempo,

hasta que le pusieron en el sepulcro, dispuesto con todos los Santos Sacramentos en la Mision de Caborca, en veinte de Diciembre de mil setecientos ochenta y dos.

Este fue el último que falleció en las Misiones de Sonora, desde el año de sesenta y ocho que el Colegio las recibió á su cuidado, hasta el de noventa.

CAPÍTULO XIX.

Entrega de las Misiones que se mandó hacer por el Rey nuestro Señor para la fundacion de la Custodia de San Carlos de Sonora.

EN la sangrienta campaña de esta miserable vida, tanto mas se acrecientan los peligros, quanto son mas relevantes las felicidades: por eso ninguno milita en ella que no esté expuesto á los reveses de su inconstancia, que el mundo llama lances de fortuna, y no son sino designios, aunque impenetrables, de la soberana Providencia. En la cumbre de la mas plausible felicidad se gozaba el Colegio, viendo el eminente grado de estimacion á que habia llegado su Instituto Apostólico por el activo ardor con que en laboriosas empresas y gloriosas conquistas trabajaban sus Operarios, pues habia subido hasta el Trono de la Magestad Católica, por los informes que el Exmó. Señor Virrey le habia hecho, especialmente de las peregrinaciones apostólicas que por su orden habia concluido el P. Fr. Francisco Garzéz, explorando los ánimos de las Naciones mas desconocidas, y disposiciones para su reduccion, lo que mereció la piadosa y Real aprobacion de S. M. manifestada por el Exmó. Señor Ministro en Carta al Señor Virrey, en que le dice: «que el Rey habia visto con mucha satisfaccion las noticias que le dá de este Religioso, de sus peregrinaciones desde el rio Colorado á la Mision de San Gabriel, y de esta al Moqui:

«que espera S. M. el Diario que tiene ofrecido, y manda que en su Real nombre se le den las gracias por el zelo y fervor con que se emplea en descubrir, tratar y atraer Naciones tan ignoradas.»

No era menor felicidad la de ver en repetidos informes de los Gobernadores y Gefes Militares de aquellas Provincias, hechos al Rey y Supremo Consejo sobre la obstinada, sangrienta guerra, que los bárbaros hacian en ellas, elogiada la intrepidez y el zelo con que los Misioneros exponian sus vidas por reducirlos, sin intimidarlos el haberles quitado las vidas á algunos, ni los trabajos que padecian de continuo; ántes sí se ofrecian á toda especie de fatigas, y toleraban gustosos la que iban experimentando en el descubrimiento de caminos y expediciones desde Sonora hasta el Puerto de San Francisco, por lograr la ocasion de tratar y catequizar á aquellos Gentiles, de quienes eran bien recibidas sus instrucciones, y desengañarles hasta traerles sus ídolos, y ver que se los hicieran pedazos sin inquietud ni enojo.

Felicidad tambien era de mucho aprecio el que dándoles el Señor incremento á las frondosas palmas que entre las espinas y duras congostas del ministerio comenzaron á des-

collar en aquellas Provincias el año de setenta y tres, se aumentaron el de setenta y ocho, y florecieron mas fecundas el de setenta y nueve, en las manos de seis hijos del Seminario de la Cruz, que lograron la de haber sido dignos de padecer por Christo, y rubricar con su sangre las verdades del Evangelio, mereciesen la buena fama y piadosa memoria que toda la Provincia publicaba de sus exemplares vidas, y evangélica doctrina. Así lo comprobó con las informaciones que el Comandante General Caballero de Croix hizo con testigos de vista sobre las muertes sucedidas en el rio Colorado, de las que, en estilo militar le dice al Padre Guardian: «Afirmo á V. P. R. que los quatro Padres de ese santo Colegio muertos á manos de aquellos pérfidos Indios, tuvieron siempre en esta Provincia el mejor crédito y opinion de virtud, santidad, fervoroso apostólico espíritu, aplicacion y zelo á su ministerio, acompañado todo de los mas ardientes deseos de propagar en la Gentilidad la doctrina del santo Evangelio.» Iguales informaciones hechas á peticion del Padre Presidente, y dadas por otros Gefes militares, se verán en las memorias ya hechas de los otros dos Padres, y sus felices muertes.

Tambien era felicidad del Colegio el que en repetidas visitas canónicas hechas en aquellos años, y otras pedidas sobre la renuncia de las Misiones de la Pimeria baja por el Superior Gobierno, en ninguna de ellas resultó el que los Misioneros hubieran dado á ninguno alguna ofensa que pudiera ser en vituperio de su ministerio: pero sí consta de todas ellas que sus vidas y costumbres eran muy religiosas, y que llevaban la cruz de

sus trabajos con el gusto y zelo que denotan los sucesos acaecidos en esos años, de que quedan referidos testimonios jurados del zelo apostólico con que todos los Ministros edificaban con sermones y exemplos, é instruían á Soldados y Vecinos en las obligaciones del Christianismo, y de la cotidiana solicitud que tenian de sus Iglesias, afanándose en aprender los idiomas de los Indios, para vencer su natural rudeza con el incansable catequismo, y su genial desidia con el trabajo personal de los Misioneros.

Prosperaba estas felicidades la de ver que ninguno habia degenerado de ser imitador de los Padres antiguos; y siguiendo sus exemplos y onerosas fatigas, llevaban los Misioneros sobre sí las penosas cargas de Padres de familia, de Tutores, Abogados, Defensores, Médicos, Enfermeros y Ministros de aquellos Indios, derramando sus sudores en las fábricas de las Iglesias, en las de sus casas y de las murallas de sus Pueblos, para cubrirlos de los asaltos de sus enemigos: padeciendo unos crueles enfermedades, otros persecuciones bárbaras, cercados del fuego con que los Apóstatas y Apaches pretendian consumirlos, otros mirando quemar los Pueblos, robar los ganados y llevar prisioneros á sus hijos, y estando todos expuestos á la sevicia y barbaridad de los enemigos, el Señor los fortalecia para que ninguno desamparara sus perseguidas ovejas, ni se intimidara teniendo á la vista el fuego, las lanzas, piedras y palos con que les habian labrado las coronas á sus Compañeros. Pero todas esas felicidades en que el Colegio veía florecer su Apostólico Instituto, y que valoreaban todo el mérito de su mi-